

pongo en vuestras manos el poder de que me revestisteis.» El ejemplo de Mazzini fue seguido por sus compañeros Saffi y Armellini. La Asamblea admitió todas las dimisiones de los triunviros, y nombró acto continuo un nuevo triunvirato, compuesto de Mariani, Salicetti y Calandrelli, disponiendo convertir uno de los palacios en hospital para los heridos romanos, y que se celebrara en San Pedro un oficio fúnebre por los que habían perecido en la defensa de la ciudad, y por decisión de la mayoría publicó el siguiente decreto:

«¡República romana! ¡En nombre de Dios y del pueblo!

«La Asamblea constituyente romana cesa en una defensa hecha ya imposible, y permanece en su puesto.

«El triunvirato queda encargado de la ejecución del presente decreto.

«Roma 30 de junio.»

En vista del anterior decreto, la Municipalidad envió al campamento francés á una comisión de su seno encargada de poner en conocimiento del General en jefe el decreto de la Asamblea constituyente. El duque de Reggio recibió á aquellos enviados con la más fina atención y las mayores consideraciones; y si bien ellos declararon que su misión no era otra que darle conocimiento del decreto, presentáronle el proyecto de un tratado fundado en las bases siguientes:

«En virtud del decreto emanado de la Asamblea constituyente en 30 de junio último, la Municipalidad de Roma queda encargada de tratar con el general Oudinot de Reggio, general en jefe de la expedición del ejército francés en el Mediterráneo; y el General, elogiando como es debido el honor y valentía de la milicia y del pueblo que han defendido la ciudad, ha convenido en las siguientes condiciones:

«1.ª El ejército francés entrará en la ciudad de Roma y ocupará en ella las posiciones que crea convenientes;

«2.ª Los cuerpos militares franceses y romanos que permanecen en la ciudad harán el servicio juntos;

«3.ª Las autoridades militares romanas señalarán diferentes acantonamientos á las tropas que abandonen la ciudad;

«4.ª Todas las comunicaciones con Roma, actualmente interrumpidas por el ejército francés, serán otra vez libres;

«5.ª No teniendo ya objeto las disposiciones defensivas tomadas en el interior de Roma, desaparecerán, y quedará del todo restablecida la circulación;

«6.ª Quedan garantidas para todos indistintamente la libertad individual, la inviolabilidad de las personas y la seguridad de las propiedades, por todos los hechos anteriores;

«7.ª La guardia nacional es mantenida en activo servicio, conforme á su primera organización.

«8.ª La Francia no se mezclará en nada en la administración interior.»

El general Oudinot si bien se mostró dispuesto á aceptar algunos artículos de estas proposiciones, manifestó no serle posible discutirlos sino con el Ministro plenipotenciario de Francia, al que llamó al efecto, pues se hallaba en Civitavecchia, y envió á Roma un capitán de su Estado mayor para que se informase del estado de los ánimos y de las cosas.

El General sin perder tiempo exigía que se le abrieran las puertas de la ciudad; pero el pueblo, sin obedecer ni á su exigencia ni á las órdenes de la

Asamblea, aglomeró delante de ellas multitud de objetos bajo diversos pretextos.

Viendo, pues, el General en jefe esta resistencia, se decidió á abrirse paso á viva fuerza. Al amanecer del día 3 de julio las barricadas construidas eran echadas por tierra sin resistencia ni oposición alguna, y diversos generales se apoderaron de la puerta del Pueblo, de la de San Pancracio, de la Portese y de la de San Pablo.

Era llegada la hora en que el ejército francés debía entrar triunfante en la capital del mundo cristiano. Destinado estaba por la Providencia para destruir la funesta demagogia en ella refugiada y restituir á su trono á la Majestad más venerable de la tierra.

La apertura de la entrada en la ciudad papal del valeroso ejército mandado por el intrépido duque de Reggio la dejamos á la pluma del citado escritor Balleydier: después reflexionaremos sobre este importante hecho histórico.

Hé aquí de qué manera se expresa dicho historiador:

«El día 3, á las cinco de la tarde, el General en jefe al frente de su Estado mayor se dispone para hacer su entrada en la ciudad: abre la marcha un escuadrón del primer regimiento de cazadores de á caballo; síguele un batallón de ingenieros, precediendo á un batallón de cazadores de infantería y al 68.º regimiento de línea; viene después el General en jefe solo, adelantándose como unos veinte pasos á su Estado mayor, y á los Estados mayores particulares de ingenieros y de artillería; los demás regimientos de la segunda división siguen sus huellas, y finalmente cierra la marcha el 11.º regimiento de dragones. Las tropas vestidas de gala, curtidas por el ardiente sol de Roma, marchan en buen orden al rededor de su gloriosa bandera y al son de sus músicas militares; sus frentes se muestran radiantes, sus ojos brillan; tienen el sentimiento de su valor, y saben que han representado dignamente á la Francia.

«Á su llegada á la puerta Portese, los gritos de ¡Vivan los franceses! resuenan por todas partes; las frentes se descubren, los pañuelos se agitan; las ventanas de las casas se llenan de espectadores que saludan con el gesto y con la voz á los valientes á quienes apellidan sus libertadores. Un entusiasmo general acoge al ejército francés á su entrada en el Transtiber; y este cuartel, que según expresión de Mazzini debía servir de sepultura á los hijos de Brenno, es el primer paso de su triunfo; los transtiberinos baten sus manos, y llenan el aire con sus aclamaciones; sus ojos no despiden ni una sola mirada de odio; en sus cinturas no brilla el puñal, y sus labios no profieren ni un solo grito de venganza; sus labios, lo mismo que sus manos y sus corazones, solo tienen aplausos y acentos de gratitud para los descendientes de Carlomagno. Una multitud numerosa rodea el Estado mayor; todos se empujan al rededor del caballo montado por el General en jefe; todos quieren ver más de cerca al General que ha vencido á las bandas revolucionarias; los gritos de ¡Viva Oudinot! se mezclan á los de ¡Viva la Francia! Mientras esto sucedía, preparáanse en el Corso manifestaciones de distinto género; algunos hombres de siniestro aspecto y armados con pistolas recorren dicha calle en toda su extensión, y obligan á cerrar las puertas y ventanas, gritando: «¡Desgraciados de los que miren pasar á los bárbaros; muera el que les dirija la palabra! los romanos deben recibir á sus opresores en medio de un sepulcral silencio.» Los revolucionarios aprovechan sus últimos momentos de poder

para ahogar la expansion de la gratitud por medio del terror y de las amenazas.

«El cortejo triunfal continuaba avanzando; mas al llegar á Monte-Sixto las aclamaciones cesan por momentos; la expresion de alegría, contenida por el sentimiento del miedo, solo se manifiesta por la agitacion de los pañuelos detrás de algunas celosías; en la plaza Farnesio la acogida es aun mas glacial; déjase oír algunos silbidos en la calle Condotti: el piquete de nacionales que monta la guardia en la puerta del palacio Borghese no toma las armas para hacer los honores que se dan al paso de las tropas. El Corso está solitario, y las amenazas impiden la explosion de los sentimientos que animan á la poblacion, y obligan á esta á ocultarse en sus casas: todas las puertas y ventanas se mantienen cerradas, y solo se oye el mesurado paso de los soldados de la Francia. De repente algunos grupos escalonados de trecho en trecho exclaman: ¡No queremos mas Papas! ¡abajo el gobierno de los curas! ¡viva la república romana! voces que, si bien ruidosas, quedan aisladas y sin eco, pues el pueblo ausente no toma en ellas la menor parte. El ejército francés no hace de las mismas caso alguno, y de este modo llega delante del café de las Bellas Artes, centro y foco de la demagogia, en una de cuyas ventanas una enorme bandera tricolor italiana, sosteniendo un gorro frigio, ondea orgullosamente sobre la frente de los soldados que lo han combatido. El general Carlos Levallant dirige su caballo hácia la ventana que le sirve de apoyo, y por su orden tres tiradores se apoderan de la bandera y del gorro de tan sangrienta memoria: este incidente es seguido de un profundo silencio; los silbidos cesan, y el ejército prosigue su marcha. Al llegar el Estado mayor general á la plaza Colonna, divídense los numerosos grupos que la llenaban y rodean á nuestros jefes superiores; Cernuschi, miembro de la comision de barricadas, ceñido con una faja de diputado y llevando una bandera revolucionaria en la mano, la agita con insolencia delante de los franceses, al mismo tiempo que se profieren algunos gritos injuriosos para nuestras armas; al oírlos, el general Oudinot, seguido de algunos oficiales, dirige su caballo contra los perturbadores; los grupos se dispersan; Cernuschi desaparece, la plaza queda vacía, y los demagogos se precipitan en tropel en un café inmediato; el general Carlos Levallant y dos oficiales de Estado mayor les persiguen, sin poner pié á tierra, en su retiro; algunos sablazos de plano castigan su imprudente provocacion; los demagogos imploran gracia, y el principio de motin queda reprimido sin efusion de sangre. Desde entonces no turbó incidente alguno la marcha del cortejo hasta llegar á la plaza de los Santos Apóstoles, donde el duque de Reggio echó pié á tierra para tomar posesion del palacio de la embajada de Francia, transformado momentáneamente en cuartel general.

«El primer cuidado del General en jefe fue dirigir á los romanos la siguiente proclama:

«¡Habitantes de Roma! La mision del ejército enviado á vuestro territorio por la República francesa es restablecer el orden reclamado tan ardientemente por los pueblos. Una minoría facciosa ó extraviada nos ha obligado á asaltar vuestras murallas, y, dueños de la plaza, cumpliremos nuestra mision. En medio de las demostraciones de afecto con que hemos sido recibidos, especialmente en los puntos donde los sentimientos del verdadero pueblo romano no pueden ser puestos en duda, se han dejado oír algunos gritos

hostiles, obligándonos á una inmediata represion. Los hombres de bien y los verdaderos amigos de la libertad pueden recobrar la confianza, así como los enemigos del orden y de la sociedad deben saber que si se renovasen las opresivas manifestaciones provocadas por una faccion extranjera, serian rigurosamente castigados; y á fin de dar positivas garantías á la seguridad pública, vengo en tomar las disposiciones siguientes:

«Interinamente, todos los poderes quedan concentrados en manos de la autoridad militar, la que pedirá la cooperacion de la autoridad municipal; la Asamblea y el Gobierno, cuyo violento y opresivo reinado empezó por la ingratitude y ha terminado con una impía declaracion de guerra contra una nacion amiga del pueblo romano, cesan de existir. Los clubs y las sociedades políticas quedan cerradas. Se prohíbe hasta nueva orden cualquiera publicacion por medio de la prensa, lo mismo que cualquier anuncio que no haya sido autorizado por el poder militar. Los delitos contra las personas y las propiedades serán juzgados por tribunales militares. Se nombra gobernador de Roma al general de division Rostolan, comandante de la plaza al general de brigada Sauvan, y mayor de plaza al coronel Sol.—Roma 3 de julio.—El general en jefe, Oudinot de Reggio.»

El nombramiento del general Rostolan para el Gobierno de Roma era una muestra de alto y justo aprecio, dado por el General en jefe al general de division mas antiguo, á un valiente militar que habia prestado eminentes servicios durante todas las operaciones del sitio.

Mientras esto sucedia, Garibaldi al frente de cuatro ó cinco mil aventureros se dirigia rápidamente hácia los Abruzzos, donde, segun decia, se habia procurado satélites; la noche anterior habia reunido en San Juan de Letran á los soldados de todas armas, formando un efectivo como de diez mil hombres, y en el momento de ponerse en marcha les habia dirigido estas palabras:

«Soldados, la fortuna, que hoy nos abandona, nos reunirá mañana; mostrémonos fuertes y sepamos arrostrar sus peligros. Á aquellos de entre vosotros que quieran seguirme les ofrezco hambre, sed, frio y sol; no tendremos municiones, pero si continuais á las armas, á falta de pólvora lucharémos á la bayoneta; habrémos de hacer marchas forzadas de dia y de noche, en una palabra, les ofrezco la vida del soldado; ¡sigame quien ame la gloria!» La mitad de los presentes le siguieron.

Temeroso de que penetrase en las montañas de Albano y de que tratase de organizar en ellas una guerra de partidas sueltas, el General en jefe dió orden de perseguirle á la primera division del ejército mandada por el general Regnault de Saint-Jean-d'Angely, la cual se puso en marcha aquel mismo dia en la direccion de Albano; mas Garibaldi, despues de atravesar aquella ciudad, se habia dirigido precipitadamente hácia Tívoli para penetrar en las Marcas. La brigada Mollière se acantonó sin pérdida de momento en Albano, Frascati y Tívoli con objeto de proteger aquellas comarcas de nuevas invasiones.

Algunos dias despues el general Morris, que formaba parte de la misma division, recibió orden de cubrir Civitavecchia con tres escuadrones de caballería y un batallon del 56.º de línea; el dia 4 dicho general ocupó Civita-Castellana y estableció sus avanzadas en Orvieto y Viterbo.

La entrada de los franceses en Roma, celebrada por todos los hombres de bien, fue ocasion de varios asesinatos; dos ó tres sacerdotes, uno de ellos fran-

cés, fueron cosidos á puñaladas en medio del día, por haber indicado á nuestros soldados las calles que debían seguir, y los mismos soldados eran insultados cada vez que pasaban solos por delante de los principales teatros de la demagogia. Semejante estado de cosas exigía una represión inmediata, y en su consecuencia mandáronse cerrar muchos establecimientos públicos, entre otros el café de las Bellas Artes, dándose orden á los habitantes de entregar á la autoridad militar, y en el término de veinte y cuatro horas, todas las armas que se hallasen todavía en su poder, operación que produjo, á pesar de las dificultades que habría presentado su ejecución forzosa, treinta y cinco mil armas de toda especie.

Al mismo tiempo el general Rostolan, al hacerse cargo de sus nuevas funciones, publicaba el siguiente bando:

«¡Habitantes de Roma! El General en jefe del ejército francés me ha nombrado gobernador de vuestra ciudad, cuyo cargo acepto con la precisa intención de secundar enérgicamente con cuantos medios se han puesto en mi mano las medidas tomadas por el General en jefe, á fin de asegurar vuestra tranquilidad y de proteger vuestras personas lo mismo que vuestras propiedades.

«Para ello ordeno y mando:

«1.º Se prohíben los grupos y reuniones de gente en la vía pública, quedando encargadas las tropas de dispersar inmediatamente á los contraventores.

«2.º La retreta se tocará á las nueve, y la circulación por la ciudad cesará á las nueve y media; á esta hora deberán quedar cerrados todos los lugares de reunión.

«3.º Los círculos políticos que no se hayan cerrado á pesar de la orden del General en jefe, lo serán por la fuerza, y los propietarios y los dueños de los establecimientos donde semejantes reuniones existan serán castigados rigurosamente.

«4.º Cualquier violencia, cualquier insulto dirigido á nuestros soldados ó á las personas que tienen con ellos alguna relación amistosa; cualquier obstáculo opuesto á las provisiones serán castigados inmediatamente de un modo ejemplar.

«5.º Los funcionarios públicos y los médicos podrán circular libremente por la ciudad, si bien deberán estar provistos de un *pase* firmado por la autoridad militar, y serán acompañados de guardia en guardia hasta el punto de su destino.

«Habitantes de Roma, deseais orden, y yo sabré garantizároslo; los que intentasen prolongar vuestra opresión hallarán en mí una severidad inflexible.

«Roma 5 de julio.»

El mismo día á las nueve de la noche el General gobernador se puso al frente de una patrulla de dos mil hombres, y saliendo de la embajada de Francia, se dirigió lentamente por el Corso hácia la plaza del Pueblo; así que la retaguardia de la columna hubo pasado por la calle de la Croce, un grupo como de veinte jóvenes dejaron oír algunos silbidos; mas cargados vigorosamente en aquel mismo momento por un pelotón de dragones que salían de una calle vecina, se dispersaron en todas direcciones. Entonces el General dividió su columna en tres secciones: la primera tomó por la calle Ripetta, la segunda por la calle Babuino, y la tercera continuó su movimiento por la calle del

Corso; la caballería, que formaba parte de esta sección principal, seguía á la infantería á una distancia de cincuenta metros, y al detenerse la patrulla de distancia en distancia, los últimos pelotones de jinetes hacían un movimiento de conversión, prontos á hacer fuego.

Intimidados por semejante aparato militar los revolucionarios que llenaban todavía la ciudad, suspendieron sus demostraciones hostiles; pero se vengaron publicando al día siguiente contra sus vencedores un folleto burlesco, cuyo espíritu, lo mismo que el idioma en que estaba escrito, indicaban claramente su origen francés.

El general Oudinot había tomado otras varias medidas igualmente represivas: se había publicado el estado de sitio, las tropas francesas acampaban en las plazas públicas; dos centinelas guardaban las bocacalles; numerosos retenes ocupaban las casas dudosas; la guardia cívica había sido disuelta y desarmada; mas no por esto dejaba de ser muy difícil la situación. La ciudad estaba atestada de malhechores y de hombres sin profesión; la policía, desorganizada, carecía de toda acción; la municipalidad, de origen republicano, se manifestaba hostil; las ruedas gubernamentales no tenían movimiento; los servicios públicos se hallaban sin jefes y sin dirección, pues las personas más eminentes de la ciudad, unas habían abandonado la población, al paso que otras se ocultaban por miedo del puñal. El Gobierno debía ser reconstituido enteramente; pero, mientras esto se practicaba, el celo constante del General en jefe y del Gobernador de la ciudad se mostraba á la altura de la situación, y algunos hombres de bien que lograron sacudir el miedo ofrecieron el concurso de su inteligencia para la reconstrucción del edificio de los asuntos públicos.

El día siguiente de la entrada de los franceses en Roma, un hombre mal vestido, de corta talla, de aspecto común, desfigurado por la gota, con la frente cubierta con un gorro de seda negro, sobre el cual llevaba un sombrero de anchas alas, presentóse á la puerta de la casa en que habitaba el general Rostolan; mas la guardia le creyó un espía, y le arrojó de allí; sin desalentarse volvió por segunda vez y pidió hablar al Gobernador; rechazado de nuevo, pues su traje inspiraba cierta desconfianza, insistió con tal porfía, que por fin logró ser introducido cerca del gobernador.

«¿Quién sois? le preguntó el general Rostolan.

— Un empleado subalterno en la secretaría de Estado del Interior.

— ¿Qué queréis?

— Prestaros un servicio.

— ¿Á mí?

— Á vos y á mi país.

— ¿De qué modo?

— Indicándoos los medios con que podáis restablecer los resortes de la máquina gubernamental, rotos por los enemigos de la sociedad.

— ¿Qué es preciso hacer para ello?

— Colocar de nuevo á los empleados honrados que la república ha destituido, y destituir á los que la república ha puesto en su lugar.

— Y ¿quiénes son?

— Hé aquí los nombres de los hombres de bien con quienes podéis contar.

(Al decir esto sacó una larga lista, y leyó lentamente algunos nombres).

— Pero ¿cómo hallar á esa buena gente? preguntó el Gobernador.

- He descubierto los puntos en que estaban refugiados.
- Indicádmelos.
- Yo mismo iré á buscarlos.
- Esperad, le dijo el general Rostolan, deteniéndole para ofrecerle algun dinero, que aquel hombre lo rehusó con orgullo.
- El que sirve á su país únicamente por dinero, dijo, es un mal ciudadano; yo aspiro á otra recompensa.
- ¿Á cuál?
- Á la que nos da la conciencia despues de haber cumplido un deber.»

Algunos dias despues, cuando todos los hombres que indicara, y que él mismo habia conducido á través de las amenazas del puñal, hubieron consentido en desempeñar de nuevo los empleos de que les habia privado la república, el general Rostolan, apretando su mano en las suyas, le preguntó su nombre, y contestó:

«Morecchi Thereciano.»

En una esfera mas elevada, los ministros plenipotenciarios de Francia, MM. de Courcelles y de Rayneval, prestaban servicios mas importantes aun, y ayudaban al General en jefe en la obra de reconstituir un Gobierno regular con su alta inteligencia é ilustrado patriotismo. Mr. de Courcelles, encargado de la direccion política, y sobre el cual pesaba la principal responsabilidad de las negociaciones, habia retenido en Roma á Mr. de Rayneval, á quien sus funciones especiales llamaban á Nápoles como ministro plenipotenciario y á Gaeta como miembro de la Conferencia, creyendo de su deber tomar consejos de la experiencia de un colega con el cual habia estado constantemente de acuerdo. Por su parte, el príncipe Odescalchi, quien aceptara la mision de componer un consejo municipal, nada omitia tampoco para apresurar su completa y próxima reorganizacion.

Segun los datos oficiales, el ejército romano, propiamente dicho, contaba aun un efectivo de diez y nueve mil quinientos hombres; y como estas tropas acababan de combatir á los franceses, eran en parte hostiles á la Francia y al Gobierno de la Santa Sede: á obrar únicamente por principios, su licenciamiento era indispensable; mas, en presencia de las ardientes pasiones y de los elementos de desórden que reinaban todavía en el fondo de la demagogia romana, esta operacion presentaba graves dificultades; el General en jefe resolvió enviarlas á algunas leguas de Roma, con lo cual se reservaba la facultad de desarmarlas aisladamente primero y de licenciarlas en seguida. Las tropas extranjeras alistadas al servicio de la república romana fueron las primeras en sufrir las consecuencias de esta necesidad.

Apenas el duque de Reggio acababa de tomar tales disposiciones, cuando se le presentaron varios jefes de cuerpo, especialmente los del regimiento de carabineros, de los dos regimientos de dragones y de tres primeros de línea, para protestar de su amor y fidelidad al Sumo Pontífice: el sentimiento de honor que une el soldado á su bandera la víspera de un combate era la única que, segun ellos, habia paralizado el de su adhesion al legítimo Soberano.

El General, juzgando que era oportuno y al mismo tiempo político acoger favorablemente semejante declaracion, exigió que fuese repetida, escrita y firmada por todo el cuerpo de oficiales.

El mismo dia le entregaron su adhesion al Gobierno pontificio los jefes de los cuerpos expresados y los de una batería suiza.

Sin embargo, como los oficiales generales no habian tomado parte en la sumision, y siendo muy importante dar unidad al mando lo mismo que á la administracion, el General en jefe resolvió con decreto de 6 de julio que las tropas romanas estarian bajo las órdenes inmediatas del general Juan Levaillant.

Los tenientes coroneles Panteves, de infantería, Bozer, de caballería, y Deaux, de artillería, debian asistir á dicho General en el desempeño de su cargo; el subteniente Pages debia contribuir al despacho de los servicios administrativos, al mismo tiempo que el general Thiry recibió la órden de inventariar todo el material de los arsenales romanos, y que el capitán Castelnau, promovido recientemente al grado de comandante de Estado mayor, fue nombrado director provisional de la administracion de guerra y marina, en reemplazo del secretario general Thore. El teniente coronel Chappuis, excelente oficial superior nombrado prefecto de policia, presentó su dimision, sucediéndole en aquel cargo el teniente coronel Le Rousseau.

Mientras esto sucedia, el general romano Roselli, que se habia negado á someterse á las órdenes del vencedor, y que con alguna artillería trataba de salir de la ciudad para marchar contra las tropas austriacas, abusaba de su autoridad sobre los regimientos que no se habian adherido á la restauracion del Gobierno pontificio, para mantenerlos respecto del ejército francés en una actitud de permanente hostilidad.

El duque de Reggio destruyó tan culpable resistencia con una enérgica carta que decia así:

«General:

«Muchos regimientos romanos han manifestado verbalmente y por escrito que se sometian enteramente á las órdenes que el General francés diese en cualquiera circunstancia, manifestacion que les asegura nuestra benévola proteccion.

«Los demás cuerpos del ejército romano conservan respecto de nosotros una actitud que debemos considerar como hostil; muchos de sus soldados han cometido contra los nuestros actos indignos que reclaman una venganza inmediata. Esta situacion es intolerable, y es preciso ponerla fin.

«Os he hecho saber que al mediodía la plaza de Roma debia quedar enteramente abandonada por las tropas que no han presentado su sumision absoluta; os he dicho que en ningun caso permitiríamos la salida de Roma de una sola pieza de artillería, y os he dirigido una comunicacion que manifiesta lo bastante la voluntad del Gobierno francés. Pues bien, es preciso obedecer inmediatamente, es preciso que los cuerpos reclutados fuera de los Estados romanos salgan sin dilacion de Roma, y sean licenciados luego despues.

«En las graves circunstancias en que nos encontramos son necesarios hechos y no palabras, de suerte que esta carta será probablemente la última que recibais de mí. Si tratáseis de oponer la menor resistencia á las órdenes que contiene, tendríamos que apelar á la guerra, y á una guerra terrible, cuya responsabilidad recaeria únicamente sobre vos.»

Las disposiciones tomadas en seguida por el duque de Reggio fueron tan importantes como de benéficos resultados: instaló á los heridos en el Espiritu Santo, en San Andrés y en Santo Domingo, procurando rodear á su valiente ejército de toda clase de comodidades; y conociendo que la Asamblea cons-